

DAVID STITCHKIN BRANOVER

EL TALLER DE ESCRITORES

(En la sección de clausura de las actividades del Taller de Escritores de la Universidad de Concepción (Chile), el Rector, don David Stitchkin Branover, pronunció el siguiente discurso. Esta improvisación suya se publica de acuerdo con la versión taquigráfica recogida en dicha oportunidad).

---

Me toca a mí, en nombre de la Universidad, una obligación que no es grata: la de clausurar el trabajo del Taller de Escritores. No es grata, porque la presencia de estos creadores y la de quienes han dirigido el Taller, ha sido un regalo magnífico para la ciudad de Concepción y la Universidad.

La presencia de ellos ha puesto la nota amable, la tónica de esperanza, nunca más necesaria que en ese triste año de 1960 que recién termina.

La Universidad está profundamente reconocida de la labor desarrollada por los miembros del Taller. Especialmente tengo que mencionar a Fernando Alegría. El tomó a su cargo esta responsabilidad —mucho más grave de lo que parece a simple vista—, la de manejar y dirigir el Taller. La responsabilidad era grave, y será siempre grave una tarea de este género, si se observa, a través de la exposición que acaba de hacer Fernando, la variedad de actitudes humanas, de estilos, de pensamientos, de los miembros del Taller. Y más grave si se observa que el Taller iba a descansar necesariamente en la actitud crítica frente a los ensayos o trabajos de cada uno de los escritores.

Conciliar la crítica con la armonía en el trato cotidiano, con el afecto auténtico, no el que se expresa a través de una sonrisa forzada, sino a través de una sonrisa que nace espontáneamente del fondo del alma; conciliar esa parte ingrata de la crítica con esa parte grata de la convivencia sana, exige cualidades especialísimas que ha llenado sobradamente Fernando Alegría.

Pero hay, además, otra responsabilidad. La primera era —y

ha quedado dicha— la de llevar en este pequeño barco a un grupo heterogéneo de pasajeros. Y logró su empresa con un éxito muy superior a todo el que pudiera haberse esperado. Pero, tenía otra tarea, otra responsabilidad: la de que el Taller de Escritores fuera realmente fructífero.

Si en el primer aspecto podían caber dudas, en el segundo las dudas eran muy grandes. ¿Cuál sería la conducta de los becados frente a esta experiencia? ¿Trabajarían de veras? ¿Tomarían o no tomarían en serio las críticas? ¿Mirarían esto como la posibilidad de pasar tres o cuatro meses de turismo en una ciudad? ¿O considerarían su labor seriamente, con el propósito de fortalecerse cada uno dentro de su línea estética y de creación?

La respuesta está dada a través de la exposición que acaba de hacer Fernando Alegría, exposición que yo quiero destacar, porque me ha sorprendido. Me ha sorprendido porque, bajo la apariencia fina y amable de pintura descriptiva de actitudes, de temperamentos, de rostros, de presencias, tiene el rigor de la rendición de cuentas de una empresa comercial. Tiene la severidad del balance de un Banco y, burla burlando, haciéndonos sonreír constantemente, reír de vez en cuando, ha calado —con respecto a cada uno de los miembros del Taller— no sólo en lo que ellos tenían de bueno, sino con respecto a lo que cada uno de ellos ha ido adquiriendo a través de estos cuatro meses de trabajo.

De manera que si Fernando Alegría salvó con elegancia extraordinaria —y elegancia se requiere— la primera parte de su tarea, que era la de mantener el afecto, la cordialidad, la convivencia dentro del grupo, la segunda parte de su tarea, la más difícil, la de poder exponer un resultado satisfactorio al término de estos cuatro meses, la ha logrado de una manera tan cabal y tan completa, que merece el reconocimiento de la Universidad.

Pero a nadie se oculta —y en esto yo he sido siempre muy insistente— que el resultado de un trabajo no es nunca la responsabilidad exclusiva de un hombre. Se requiere la suma de voluntades de los que están a su alrededor, y en esta suma de voluntades es necesario destacar de inmediato a Braulio Arenas, tan magníficamente descrito por Fernando. El ha sido el coordinador general de los trabajos del Taller y se ha entregado a su tarea con una generosidad y, al mismo tiempo, con una simplicidad que

sorprende, porque aparentemente Braulio en el Taller no hacía nada. Daba la impresión de que no hacía nada y, sin embargo, mantenía cuidadosamente los hilos de todo y, al término de esta etapa, nos presenta el choapino bordado, el que, aparentemente, nadie le había visto tejer.

Cabe decir otro tanto de Sergio Vodanovic. Yo asistí a una de las sesiones del Taller y pude apreciar las cualidades que Fernando describía con tanta precisión y fineza. Si se toma en consideración que Sergio Vodanovic tiene otras tareas, otras actividades, resulta notable el esfuerzo que ha desplegado para cumplir, mucho más de lo que se le pedía o de lo que de él se esperaba, esta tarea asesora en las líneas de su especialidad.

Quiero recordar a Gonzalo Rojas y a Alfredo Lefebvre, quienes, además de la asesoría que han prestado durante todo este tiempo, y de haber hecho en gran medida esa función tan difícil de dueños de casa, fueron, en realidad, los artículos de la idea de este Taller de Escritores: Gonzalo estableciendo el contacto con Fernando Alegría, y Alfredo manteniendo el hilo de las negociaciones. Ellos son acreedores también, y de un modo muy amplio, al reconocimiento nuestro.

Y merecen, todos y cada uno de los diez escritores, un particular reconocimiento de la Universidad, la que se empeñó, gustosa y conscientemente, en esta hermosa aventura, confiada en que corresponderían a esta fe que en ellos se depositaba. Han correspondido en forma magnífica, no sólo como escritores, cosa que para mí tiene un valor secundario, y mil perdones por ello, sino que han correspondido en algo que me interesa más: humanamente. Su actitud humana, su conducta dentro y fuera de la Universidad, ha sido algo que yo califico —y es la calificación más alta que yo puedo dar— como esencialmente universitaria. Han trabajado con celo, con ese empeño que destacaba Fernando Alegría. Han dedicado todo su tiempo a esta acción en que se empeñaron y han puesto muy en alto el nombre y el prestigio de esta Universidad, y, en razón de ello, la Universidad les debe un profundo reconocimiento.

El Taller de Escritores ha quedado, pues, explicado a través de esta cuenta, tan documentada que nos ha dado Fernando Alegría.

Saben ustedes que al tiempo de darse las informaciones respecto de la creación del Taller de Escritores de esta Universidad, hubo, como era de esperarlo —y en el fondo lo esperábamos y lo deseábamos— opiniones distintas. Hubo censuras, críticas, bromas, burlas: “No se aprende a escribir en un Taller” . . . “El que tiene pasta de escritor escribe solo en su cuarto” . . . “El escritor se forma solo, o no se forma” . . . “Esto no es una técnica igual a la de la carpintería o a la de la ebanistería” . . . etc.

Estos son los riesgos que se corren siempre que se emprende una aventura, y ya saben ustedes que la Universidad de Concepción no teme los riesgos. Por el contrario, los busca, y los busca gustosamente. Es esta una época de desafío. Vivimos en un tiempo de desafío. Estamos desafiados por todo lo que ocurre en el mundo, y la Universidad de Concepción recoge el guante gustosa, y asume el riesgo de ganancia o pérdida. En esta oportunidad hemos ganado, y felices estamos por ello. En otra oportunidad perderemos, ¡y vaya por Dios!

Pero la función de la Universidad es la del sembrador que lanza semillas al viento. Algunas germinarán y otras se perderán, pero con una semilla que germine, el sembrador queda satisfecho. No importa, por tanto, que otras aventuras que asuma la Universidad sean aventuras ingratas para ella. Vendrán críticas, nos censurarán duramente, pero en el fondo de nuestra conciencia quedaremos satisfechos si de tantas aventuras algunas pocas o, en última instancia, una, resulta fructífera.

Yo estaba recordando a propósito de aquellas burlas y comentarios, severos e ingratos que se formularon al Taller, he estado recordando —y quiero recordárselo a ustedes en esta ocasión— que, respetando profundamente el concepto que cualquiera pueda tener de lo que es una Universidad, nosotros, por lo menos para nuestro propio capote o uso doméstico, tenemos un criterio muy fijo, muy determinado, muy redondo: el Universo.

La palabra Universo nos trae inmediatamente la imagen de una suma de pequeños universos, y estos pequeños universos, la suma de pequeños mundos. La Universidad no en vano lleva el nombre de Universidad. Es copia, imagen o reflejo del Universo, o pretende ser su reflejo, su imagen o su copia, y, por

consiguiente, la función de la Universidad es recoger toda la inquietud humana, pero no para imprimirle un sello a dicha inquietud. No para formar una corriente uniforme de individuos que camine en un sentido determinado. La función de la Universidad es recoger ese universo de inquietudes que animan al hombre, y darles un cauce, para que el hombre pueda configurar su propia personalidad.

De consiguiente, en mi opinión nada es más opuesta a la idea de Universidad que la función mínima de formar profesionales. Formar profesionales es una tarea —y ustedes lo saben— que no fue el propósito inicial de las Universidades. El concepto de Universidad no surgió con el criterio de prestar un servicio formando odontólogos, médicos, químicos, etc. Nació con este otro criterio, con esta otra idea: la Universidad era el seno donde se reunían hombres, generalmente de distintas nacionalidades (recuerden ustedes el origen de las Universidades europeas), para desarrollar una disciplina en la que tenían interés, y a la que llegaban adeptos interesados en tal o cual disciplina.

Pero la parte de provecho o de utilitarismo, fue ajena a la idea de Universidad.

Más tarde surgió esta necesidad utilitaria, y las Universidades fueron recogiendo este servicio, y surgieron las Facultades que actualmente conocemos, las que no son definidoras del concepto de Universidad. Lo definidor del concepto de Universidad es el aula abierta para todos los hombres que posean alguna inquietud, aula abierta para que puedan venir a ella a saciar su inquietud bebiendo el agua de los que, canalizándola, la llevaron a la fuente universitaria.

Así pues, el concepto de Taller de Escritores no es para nosotros un concepto extraño injertado en la vida de la Universidad. No es una tarea accesoria, no es una flor de invernadero que se exhiba placentemente para demostrar que también la Universidad se preocupa de la literatura. No; para nosotros es función natural, propia y consubstancial de la misión universitaria. De manera que el Taller de Escritores es para la Universidad de Concepción una tarea propia, como puede ser cualquiera otra que inquiete el espíritu del hom-

bre, y que pueda volcarse, mostrarse o revelarse dentro de las aulas de esta Universidad.

Queda así explicado por qué la Universidad de Concepción creó el Taller de Escritores, y por qué creará muchas otras cosas que, en el concepto del hombre de la calle, un tanto perdido en el tráfago de los autobuses, resulten extrañas a la acción universitaria, en circunstancias que, para nosotros, son consubstanciales a esta tarea, a esta misión, a esta función.

El Foro Abierto es parte consubstancial de la vida universitaria: ocurre que, desgraciadamente, no todos los hombres que pueblan esta tierra pueden llegar hasta nuestras aulas, ni puede la Universidad becar al país entero para que asista a un curso o desarrolle un seminario. Y como no puede hacerlo, resuelve este problema creando un aula gigantesca que se llama Foro Abierto, donde se imparte cultura, a fin de que los hombres, todos los hombres, a pie descalzo o con zapatos de cuero marroquí, puedan asistir y saber qué es lo que está ocurriendo en el mundo del pensamiento, en el mundo del arte, en el mundo de la filosofía, en el mundo de la vida. Porque la Universidad no es otra cosa que el Aula donde se examina qué es lo que le ocurre al hombre.

Con pesar clausuro yo nuestro Taller de Escritores por esta temporada. No ha sido infidente Fernando Alegría al informar que el Taller de Escritores continuará. Deseo que para nuestros jóvenes escritores —y todos los que tienen ánimo estudioso y laborioso son jóvenes, de manera que Nicomedes Guzmán queda incluido por derecho propio—, deseo que para todos ellos el Taller haya sido una experiencia útil. Sería un error, un grave error, que cada uno de ellos quisiera explicar en qué medida ha mejorado su estilo. No se trataba —así lo entiendo yo, y que me perdonen si me meto en terrenos que no son míos— que los escritores mejorarán su estilo o su técnica. Ese era un resultado accesorio.

Nicomedes Guzmán, en las cariñosísimas palabras que ha vertido hace un instante, en su nombre y en el de sus compañeros del Taller, palabras que yo le agradezco muy de veras, empleó una expresión que, a mi juicio, es clave: empleó la expresión "descifrarse". Y yo creo que ese fue, por lo menos

para nosotros, para la Universidad, la finalidad fundamental de este Taller: el encuentro, el diálogo, que obligará a cada uno de sus miembros a descifrarse a sí mismo.

Al recibir la crítica, no se trataba de recibir una lección de cómo debían hacerse las cosas. Se trataba de recibir una experiencia muy rica de cómo veían los demás las cosas que cada uno estaba produciendo, diciendo o haciendo, lo cual le obligaba —a cada uno de ellos— a emplear un juicio valorativo respecto de sí mismo. Este juicio valorativo, en el fondo, consiste en escudriñar un poco su propia alma, y ver y decidir hasta qué punto fue sincero al llegar al Taller y hasta qué punto sigue siendo sincero al salir del Taller, en la forma de expresión que él ha querido emplear y en los conceptos que él ha querido emitir.

Esa es la rica experiencia y ese es el único fruto que la Universidad cree que puede haber contribuido a formar en la conciencia de estos diez escritores, a quienes la Universidad les desea, por mi intermedio, el más brillante de los éxitos en el futuro.

Muchas gracias.